

LA SAPIENZA O EL AMOR A LA SABIDURÍA

FRANCISCO JOSÉ RAMOS

Manfred Kerkhoff murió alrededor de las diez de la mañana del día 20 de febrero del año 2007. Ese día y en ese momento completó la vida que había comenzado casi setenta años antes, el 30 de marzo de 1938, en Alemania. Una vida cultivada en el estudio, la investigación y la actividad filosófica, con toda la integridad que una tal dedicación exige.

Sus labores en la Universidad de Puerto Rico las comienza en 1965. En este país, en esta isla de Caribe, decidió establecer su residencia y aquí falleció. Y aquí, entre nosotros y nosotras, dejó una profunda huella, así como el ejemplo de una vida entregada a la ancestral tarea del ennoblecimiento de la condición humana. Una tarea que necesita, en todo momento, ser actualizada, pues lo humano no es la fijeza de una naturaleza dada sino una rareza de la vida que hay que aprender a descubrir y construir, una y otra vez. Por ello, la tarea de la filosofía no puede reducirse a un mero asunto de ponerse al día, para rellenar los ficheros bibliográficos y para mayor complacencia de las formalidades administrativas. Más bien, su esfuerzo consiste en vivir y pensar a la altura de lo que ha sido vivido y pensado. No es fácil dar la talla. Como tampoco hay que tomar a la ligera todo lo que se juega con más de dos mil quinientos años de un ejercicio conceptual y literario como el de la filosofía. Se trata también de una puesta en vigor de la vida del pensamiento, de la concepción de un estilo de vida y del llamado a un compromiso insoslayable de cada cual consigo mismo, única manera de llevar a cabo la vida en común de la que depende incluso la conquista de la soledad.

Hay que reconocer que la institución académica, por más venerable y digna de respeto que sea su historia, le queda corta a la actividad filosófica, entendida no sólo en su aspecto teórico, especulativo y profesoral sino también como práctica de la sabiduría, sean cuales fueran los contenidos particulares de sus propuestas discursivas. La filosofía, así entendida, nada tiene que ver con la presunción especializada de un saber o forma de conocimiento; ni, menos aún, con la “satisfacción demagógica del gusto popular”, para valerme de una acertada expresión del

pensador francés, también recientemente fallecido, Pierre Bordieu. (La muerte de toda una época y de toda una manera de entender la vocación intelectual se ha hecho sentir en los últimos años en el mundo entero. Pero basta con mencionar entre nosotros, para limitarnos al contexto filosófico, los siguientes nombres: José Echeverría, Ramón Castilla Lázaro, José Rafael Echevarría, Ludwig Schajowicz, Luisa Caballero de Schajowicz, Monalisa Pérez Marchand, Esteban Tollinchi.)

La vida y obra de Manfred Kerkhoff se inscriben tanto en el registro de dicho legado como en su lealtad para con lo que él consideraba que era lo más excelso de la tradición universitaria. Silencioso, a veces taciturno, tomando las indispensables distancias, imprimiéndole una suave inspiración a la gracia de su peculiar tono de voz, con la mirada atenta – como si con el calor de su mirada, a la luz de sus profundos ojos azules, estuviera mitigando la frialdad nórdica del tacto – hablaba en perfecto castellano con un inconfundible acento alemán. Detrás de su algo grave monotonía, y sin necesidad de levantar la voz, guardaba para las ocasiones propicias una extraordinaria generosidad, un reconocimiento inhabitual del esfuerzo ajeno, del valor del otro, fuese próximo o lejano en sus preferencias filosóficas. Lo que él daba, lo que ofrecía parecía pertenecer, no ya a su mundo personal, sino a un fondo inmemorial de gratitudes, por el cual él aparecía como emisorio. De una manera algo enigmática, no sólo no esperaba nada a cambio sino que daba la impresión de que con su entrega, por más sencilla que fuese – la procedencia de una cita, el recuerdo de un libro olvidado, el nombre de unas ruinas, por ejemplo – no hacía otra cosa que cumplir con un antiguo mandato.

Quizá a tono con ese mandato – llamémosle mítico – su primer grado universitario fue en filología clásica. Dominaba, como pocos, el griego y el latín. Siguió así la pista de Nietzsche, quien también era filólogo de formación, y autor por el que profesaba un profundo respeto y admiración. No fue nada casual que la Sociedad Puertorriqueña de Filosofía, de la que él fue uno de los fundadores, naciese de la iniciativa de quienes nos dedicábamos, a comienzo de lo '80 del pasado siglo, a preparar, bajo el generoso respaldo de Manfred, nuestras respectivas tesis doctorales sobre Nietzsche.

En el vasto campo, y siempre por deslindar, de la filosofía, su currículo da cuenta de muy diversas inquietudes y ocupaciones. Así, por ejemplo, su primera licencia sabática (1970-1971) fue para trabajar en el archivo de Hegel en la Universidad del Ruhr, en Bochum. A parte del perenne interés en la filosofía antigua y medieval, está su *jovial entusiasmo* – y creo que ésa es la expresión correcta – por la cultura maya, y un discreto, pero no menos persistente, cultivo a la actividad poética. A todo ello, hay que añadir sus enseñanzas en torno al llamado pensamiento pre-filosófico; sus estudios sobre Kant, Hölderlin, Schelling, Wittgenstein, Adorno, Heidegger, y un largo etcétera que incluye unos primeros ensayos de los

'60, en torno al maoísmo y el concepto de “revolución cultural”. También hay que destacar una serie de vínculos particularmente importantes: su amistad e intercambio epistolar con José Echeverría en torno a Epicuro; los lazos afectivos con Ludwig Schajowicz y su esposa Luisa Caballero; así como, en los últimos años, su proximidad a la figura de Jacques Derrida, su amistad con el filósofo español Enrique Pajón Mecloy y con la eminente Profesora de Estética de la Universidad Complutense de Madrid Ana María Leyra. Finalmente, no se puede dejar de mencionar la entrañable compañía de su esposa Damaris Vilar que tanta alegría dio a su pensamiento y a su vida.

La actividad filosófica de Manfred Kerkhoff llegó a tener un eje, no ya sólo central, sino omnívoro: el *kairós*, la noción de tiempo justo u oportuno. Su pionera labor en torno a este asunto en el que se cifra la experiencia radical de la temporalidad, le ganó un reconocimiento y prestigio internacional. En el año 1987 fue invitado por Derrida y el Colegio Internacional de Filosofía en París, a impartir unos seminarios que fueron cruciales para la composición de su libro *Kairós. Exploraciones ocasionales en torno a tiempo y destiempo*. En noviembre del presente 2008 se cumplen precisamente diez años de la publicación de esta obra fundamental por la Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Con dicho aniversario, de alguna manera, Manfred Kerkhoff sigue vivo entre nosotros. Hay un libro inédito que busca atender el giro de la *kairología* a la *kairosofía*, como a la manera de un *ejercicio espiritual*, para valerme de una expresión tradicional, actualizada por los estudios ejemplares de Pierre Hadot.

El legado del pensamiento, de la memoria y de la escritura sólo tiene sentido en virtud de nuestra mortalidad. Consciente o inconscientemente, nuestro amigo y maestro decidió que era el momento de detenerse y despedirse. Las siguientes palabras del pensador medieval Aubry de Reims, citadas por Hadot, creo que pudieron haber sido suscritas por él: “Cuando se sabe que se llegó al final, ya sólo hay que saborearlo y gozar de su placer. Es a eso a lo que se le llama sabiduría, ese sabor que se supo encontrar puede ser amado por sí mismo; esto es, la filosofía, es ahí donde hay que detenerse.”

Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras